

Que con alta osadía
De Febo al lado su esplendor aumenta,
Ledo el néctar presenta,
Baja del trono Jove alborozado,
Y al mortal sabio del laurel luciente
Ciñe la heroica frente.
Y..... huid, huid, profanos,
El padre altisonante
Habla, y ¡oh! «Sube, dice, al almo coro,
Sube al coro de dioses soberanos.
La silla rutilante
Ocupa, oh gran Jovino. No tu nombre,
Invocado del hombre
Abismará vil tumba; el torpe lloro
Dejad; no muere, no, á quien Helicóna
Teje eterna corona.
»Tú, cual astro brillante,
Clarecerás el suelo,
Cortando sesgo el giro luminoso;
Y al ver en ciega noche el navegante
Crispar llamas al cielo,
Fijo el pálido rostro hácia el oriente,
Te rogará ferviente
Que nazcas á frenar el mar ventoso,
Y bañada en tu lumbre placentera
Brille clara la esfera.
»O al aura tremolando
En hilos mil radiantes,
Bañado en vivos rayos, el cabello,
En curso arrebatado
Estallido el eje de diamantes,
Regirás los caballos voladores,
Luégo que sus colores
Haya sembrado en cándido destello
Por las puertas de oriente la alba Aurora,
Cuando aljófares llora.
»Ah! no, no menor premio
Febo Apolo prepara
A su ministro fiel, que sabio honora,
Y al docto afán inflama su almo gremio;
Del Permiso en el ara,
Do aromas arden ante Delio sacro,
Tu angusto simulacro
De vates cercará tropa canora,
Y el dios contigo del Parnaso ibero
Dividirá el imperio.
»Allá la hórrida trompa
Por el Alpe escarpado
O el nubloso Alpenino al hombre espante;
Y el ronco són con ayes interrompa
Al orbe acogojado.
Alzados en monton se ven espesos
Desencarnados huesos
Blanquear entre el humo revolante,
Y el suelo esconden hierros mil rompidos
En sangre emmohecidos.
»Mientras, feroz guerrero
Corre por palpitantes
Cadáveres trepando, en la cruel mano
Blandiendo al campo el sangrentado acero.
Los llorosos infantes
Sus ternuzuelos brazos al impío
Tienden con débil brío,
Para estorbar el golpe, que inhumano
Al caro padre ante sus ojos hierre;
Abrazándolos muere.
»Así bárbaro el hombre
Su furia en hombres ceba,
Volando necio tras infame gloria;
Tú, goza en alma paz mayor renombre.
Do el curso Bétis lleva,
Pintando flores en las ondas pías,
Do en cercos mil sus Drias
Lazan la hiedra al árbol de victoria,
De un ramo y otro ceñirán tus manos
A vates soberanos.»
La olivosa ribera,
A do tu sacro acento
Oyó Romula un tiempo enardecida,
Tornas así á ilustrar. Tal la alta esfera
Del luto soñoliento
Titan despoja alegre, y á deshora

Del ancha mar sonora,
La sien de nuevos rayos guarnece,
Alza en Oriente, y su esplendor fecundo
Llueve otra vez al mundo.

IX.

En la muerte de mi singular amigo, el señor don Joaquín María Sotelo.
(1831.)

Du juste qui n'est plus, respectez le repos.
LEGOUVE.

¡Ay! ¡qué quieres de mí, destino impío?
Aun ronco sollozaba,
Postrado del dolor, el pecho mio,
Y ya tu saña fiera
Nuevo dardo asestaba
Que mi llagado corazón partiera.
¡Qué te detiene más? Dobra la herida,
Dobra el golpe inclemente:
Tú llevaste mi amor, lleva mi vida.
¡Qué apoyo, qué modelo
A la virtud sufriente
Resta en el mundo ya?... Murió Sotelo.
¡Amigo sin igual! ¡Quién en tal grado
Pudo talento y ciencia
Con la modestia unír? ¡Quién ha hermanado,
Cual tú, fuerza y blandura?
¡Quién el celo y prudencia,
La perspicacia y candidez más pura?
De la justicia intérprete y ejemplo,
A la prófuga Astrea
Contigo sientas en su antiguo templo.
Por tí en su rito vário
Oráculos franquea
De Marte y de Cilenio el santuario (1).
Tú, si furiosa al militar insulto
La plebe se levanta,
Brama, corre feroz, crece el tumulto
Y á conjurar la suerte
El valor se adelanta,
Mostrando al pueblo inevitable muerte,
Númen de paz sobre la turba alzado,
Calmas su furia ciega (2):
Como Neptuno de entre el Ponto hinchado
Eleva la alta frente,
Y las ondas sosiega
Tendiendo sobre el golfo su tridente.
O ya en Setúbal, consejero sabio
Del adalid ibero,
Sagaz cual Néstor, tu elocuente labio
De pérvida alianza
Salva el tercio guerrero
Que á la patria en Bailén dará venganza (3).
¡Y quién tu ardor, tu sobrehumano celo
Dignamente cantara,
Cuando gime cautiva en largo duelo?
No: jamás tan ufano
El cuello levantara
La indefensa justicia ante el tirano (4).
Ni imperio, ni violencia, nada pudo
De tu diestra esforzada
Robar al pueblo el tutelar escudo.
Tú, la víctima triste
Ya bajo el golpe helada,

(1) Don Joaquín María Sotelo fué alcalde del crimen de la Real Audiencia de Extremadura, oidor de la de Sevilla y fiscal togado en el Consejo Supremo de la Guerra.

(2) En 6 de Marzo de 1801 se amotinó el pueblo de Cáceres contra un batallón de Guardias Valonas. Sotelo, alcalde entonces del crimen, se presentó solo en la plaza entre los gritos y las balas de los furiosos, y logró con sus persuasiones apaciguarlos.

(3) Sotelo, nombrado consejero del general Marqués del Socorro, para los negocios civiles, en la expedición de Portugal (1807), salvó en Lisboa y en Setúbal al ejército español de las asechanzas del general francés.

(4) Sotelo, durante la invasión francesa, hizo grandes esfuerzos para dar alivio á los pueblos, que tanto padecieron en aquel funesto periodo.

El cuchillo homicida detuviste.
Ni cuando el jóven sobre el padre anciano
Pálido desfallece,
Invoqué yo tu corazón en vano.
Junto á la huesa umbria,
¡A cuántos amanece,
Por tí devuelto, el fugitivo día!
La tempestad huyó..... Mas no; que airada,
Su furor continúa
Contra el iris de paz.—¡ Virtud hollada!
¡Quién ¡ay! con tal presagio
Te honrará si fluctua
El que á tantos salvára del naufragio? (1).
¡Ah! Tú la honraste, espíritu sublime,
Cuando el encono horrendo
Y la calumnia impávido te oprime:
La honró el monarca augusto,
Tu lealtad protegiendo,
Y la honra el cielo coronando al justo.
Del mundo ingrato á la celeste esfera
Huyes, mi tierno amigo.—
Pues muere la virtud, ¡con ella muera
La envidia fementida!
¡Ay! Lloradle conmigo,
Lloradle vos, que le debeis la vida.
Lloradle vos, á quienes fiel aduna
La virtud en su gremio,
Y al mérito adorais, no á la fortuna,
Virtud sola concede
A la virtud el premio;
Mas sólo amor y llanto darle puede.

X.

Elfrido, en los dias de Silvia.

Sal ya, rosada aurora,
Y el velo de colores
Desplega leda sobre el mustio prado:
Las estrellas menores
Que sueltas vagan ora
Perdidas por el aire sosegado,
Cual el albo ganado
Se extiende desparcido
Por el herboso egido,
Recoge ya en el plácido occidente,
Y al yermo cielo nazca el sol luciente.
El sol, que en este día,
Pintando la pradera
Que viste el Bétis de olorosas flores,
Oyó la vez primera
En danzas de alegría
Decir SILVIA riendo los amores.
«Amor, amor, pastores»,
Un eco resonaba,
Salido del aljaba
Del ciego dios: y amor con blando acento
Cantó el zagal y repitiólo el viento.
Y á la feliz cabaña
Do tierna flor nacía
La niña Silvia de cabellos de oro,
Tras amor, que las guía
Por la verde campaña,
Corren las Gracias en festivo coro.
En risa el blando lloro
Le tornan, y Cupido,
El trémulo vagido
Cogiendo con su boca dulcemente,
Besóla el puro labio balbuciente.
Y cual susurra lento
Favonio delicioso,
Meciéndose en el cáliz de las flores,
Así el doncel gracioso
Con muy más dulce aliento,
«Crece, la dijo, Silvia, mis amores:
Crece feliz. ¡Qué ardores,

(1) Sotelo sufrió durante cinco años un proceso criminal como empleado de los franceses, y una dura y amarga prision, ya en la cárcel, ya en el hospital, donde perdió sus escasos bienes, su salud y dos de sus hijos.

Cuántas ansias y enojos
Ya destellan tus ojos!
Tú no amarás, y cuanto baña el río
Sufrirá en tu desden el yugo mio.»
Creció Silvia, y celosas
Las rubias pastorcillas
En pos miran de Silvia á los zagales.
Ya salgan las cabrillas
Antes que el sol, golosas
De despuntar al llano los gramales,
O en saltos desiguales
Trepén por los oteros;
Ya tornen los corderos
Balandando hácia el redil, cantan suaves
A Silvia los pastores y las aves.
Aqui llegaba Elfrido,
Cantando la alborada,
Cuando Silvia de mirto y bellas flores
Pareció coronada.
Alegrando el egido
Como el sol cuando dora los alcores,
Los dulces ruiseñores
Sus trinos dan al viento:
En voces de contento
Y en bailes mil el alborozo crece;
Sólo Elfrido la mira y enmudece.

XI.

En el nacimiento de la serenísima señora doña María Isabel Luisa, infanta de España (2).

En vano el sacro Olimpo
Osaron insultar con fiero encono
Los hijos de Titea, Derrocados,
Levanta Jove el victorioso trono,
Y su dominio y la comun ventura
En su prole asegura.
Que nace el claro Apolo,
Y de Luzon hasta do muere el día
Reina tranquilo en la anchurosa esfera;
Mas quiso el númen que los orbes guía,
Fuese primero su celeste hermana
La cándida Diana.
Osó un aventurero,
Teñido en sangre, al sólio de Pelayo
Alzar la altiva planta: entre sus huestes
Herido cae del vengativo rayo.
Fernando impera ya, y el cetro ibero
Aguarda un heredero.
Su natal deseado
Da en esperanza la divina Elisa,
Don primero de amor. Así la aurora
Con delicada luz y blanda risa,
Templa oficiosa para el astro ardiente
Los senos del Oriente.
Hierre el dulce destello
Del Labrador los ojos adormidos,
Que la esteva dejara, amedrentado
Del trueno y rayo y huracan. Tendidos
Alza los brazos y la luz bendice
Que alegre sol predice.
Tú le anuncias, oh Elisa,
Pura y serena como el alba aurora,
En tu oriente sonries, y al hispano
El bien anuncias que perdido llora,
Cuando las iras fatigado cuenta
De la anterior tormenta.
¡Qué volcan espantoso
Sobre Hesperia se lanza, despeñado
De la rugiente cima de Pirene!
Por la muerte y las furias, ¡ay! tirado
Bajar yo vi con infernal cohorte
El carro de Mavorte.
Desolacion y llanto
Y sangre y muerte por do quier. El fuego
Las mieses tala y los palacios hunde:

(2) Hija del rey don Fernando VII y de la reina doña Isabel de Braganza. Nació el 21 de Agosto de 1817; murió el 9 de Enero de 1818. (Nota del Colector.)

Caen los valientes al embate ciego
Del hierro: caen al hambre desmayada
Los que huyeron la espada.
Escuálidos fallecen
El niño tierno y el rugoso anciano,
Yo recibí sus lágrimas heladas;
Y á cuántos ¡ay! mi compasiva mano
Detener pudo en su postrer lamento
El fugitivo aliento!
¡Victoria! alegres tonos
Dad, musas, á mi lira: huyó el impío,
¡Victoria! ¡Libertad!... mas ¡ay! el orco
Nuevo monstruo vómita. En fiero brío
Sacude el hacha la discordia airada,
De víboras crinada.
¡Qué furor, españoles,
A marchitar os lleva los laureles
De la victoria? ¿Pueden los hermanos
A sus hermanos perseguir? ¡Críteles!
¿No basta á vuestro encono despiadado
El llanto derramado?
Los campos florecen:
Cunde el ganado: el demolido techo
Más alto se levanta: el galo amigo
Abraza al español. Sólo en el pecho
Que de facción el tósigo recibe,
El rencor siempre vive.
Tras el ígneo torrente
Que desoló voraz el campo Ausonio,
Vesubio así de pámpanos se viste,
Y hospeda en rosas el vital Favonio.
Mas ¡ay! su oculto fuego se embravece
Y á nuevo estrago crece.
Y sólo, ¡oh tierna Elisa!
Íris de amor, el bondadoso cielo
A tí concede serenar su enojo.
La risa y gracias en festivo anhelo
Mecén la cuna, y Paz dice riente
Tu labio balbuciente.
Sus ardores templando
Tocaba el sol de Astréa la morada,
Cuando el genio de Iberia, condolido,
Volvió su rostro á la nación amada,
Y en un sulco de luz cortando el cielo,
Desciende en presto vuelo.
Las alas esplendentes
Extiende sobre el pueblo congojado,
Rasgando en torno las grupadas nubes:
Su silbo acalla el aquilon airado:
«Que nazca Elisa», dice: y ya serena,
«Elisa» el aura suena.
«Crece feliz tu aliento
De la discordia apagará las teas:
Las sierpes ahogará tu blanda mano.
Ya con tu risa celestial recreas,
Y de union y de amor al suelo hesperio
Comienzas el imperio.
»Tú del agosto padre,
Padre también del afigido hispano,
Desarmarás la diestra levantada.
Tú mostrarás al suspirado hermano
De dominar el corazón la gloria,
Que da eterna memoria.
»Doma el Asia Alejandro,
Y de Júpiter hijo se proclama;
Mas con él muere el orgulloso nombre,
Perdona Tito y hace bien; la fama
Delicias de los hombres le apellida,
Y el nombre no se olvida.
»Que no el mármol ni el bronce
Dan la inmortalidad; mas sólo exento
De la lluvia, del fuego y las edades
Triunfa y eterno vive el monumento
Que amor por las benéficas acciones
Grabó en los corazones.»
Habló el genio: la esfera
Inunda el sol con fuego más tranquilo,
Y al Canadá, do el bárbaro le adora,
Y á do le insulta el morador del Nilo,
Vierte, girando por la etérea cumbre,
Su bienhechora lumbre.

XII.

Las Artes de la imaginación.
(1830.)

Divina exhalación, sagrada llama,
Del Hacedor eterno desprendida,
Brilla del hombre en la inspirada mente.
Si ya el saber la inflama,
Sublime inteligencia sigue ardiendo
Del cometa el incógnito sendero,
O al Olimpo arrebatada el rayo ardiente;
Si en rumbo más austero
Luz del bien la dirige,
Modera al hombre y á los pueblos rige.
Y no la alta razón, no de justicia
Hubo el mortal la inspiración tan sólo,
Del soberano origen noble muestra;
Que la deidad propicia
Mandó su aliento desde el claro polo,
Y al espíritu humano fiel destello
Comunicó de su creadora diestra.
Entonces nimen bello
Brilló la fantasía,
Y al genio enciende y sus portentos cria,
A su mágica acción, cual niebla leve
Se levanta del mar, tropa encantada
De simulacros silenciosa nace,
Formas, color, relieve
Y movimiento y vida les traslada,
Sus modelos robándole á natura,
Aun la intenta vencer; y audaz rehace
Y más bellos figura
Cuantos el áureo claustro
Seres abarca de Aquilon al Austro.
Ó traza nuevos mundos: y á su imperio
Plega la noche el estrellado manto;
Y bella joven desparciendo rosas,
Por el confin aerio
Entre velos de gualda y amaranto
Sube la aurora, sobre ruedas de oro,
Coronado de ráfagas lumbrosas
Febo asoma á su lloro;
Y amor vibra encendida
Ante él su antorcha, derramando vida.
¡Oh cuánto el hombre en su fugosa mente
Osó crear! De nimenes, de ninfas,
De genios puebla su hechizado mundo.
El desligado ambiente,
El sonido veloz, las claras linfas,
El bosque, la pradera, embebecido
Mira animarse á su poder fecundo.
¡Dulce error, que el gemido
De sus males tempera,
Y ablanda el ceño á la verdad severa!
Mas no la mente del mortal activa
Sólo en prestigios el poder ostenta;
En densa mole retener procura
La ilusión fugitiva,
La vacía de su seno, y ya sustentada
Sólido cuerpo á la interior fantasma,
Y ya se afirma y á los ojos dura,
La ve el hombre, y se pasma
Del poder sobrehumano
Que asocia á la creación su débil mano.
El á la tierra del abismo oscuro
La tosca piedra arranca y la trasforma,
Y faz y miembros y pasión le imprime.
Ya alienta el mármol duro,
Ya es un viviente, un dios.... ¡Ay! ¡dó la forma,
Sabio escultor, de la deidad hallaste?
¡Dó la belleza y majestad sublime?
El culto eternizaste
Que pudo el arte solo,
No un falso rito, conservar á Apolo.
¡Cíncel divino que á la roca helada
Y al bronce da blandura y movimiento!
Ya del Pitio los músculos oculta,
Cual si fuera animada
La augusta imágen de celeste aliento (1);

(1) Ce corps, dont aucune veine n'interrompt les formes et qui n'est agité par aucun nerf, semble animé d'un esprit céleste. (WINCKELMANN.)

Ya, si finge la humana fortaleza,
En Hércules lo mueve y los abulta;
Ya la muelle ternura
Y dulce continente
El hierro dócil en Antinoo miente.
Por él renace Sócrates; triunfante
Por él aun vive y á su pueblo ampara,
Dando la paz al bienhechor de Roma (1),
De la edad inconstante
La ofensa el arte pródiga repara.
La noble vida que abrevió natura
Vuelve á los héroes y los siglos doma;
Y la fama asegura
Que dió de Praxitéles,
De Fidias y Lisipo á los cinceles.
Ni á tí, espíritu audaz, Miguel terrible,
Ni á tí, elegante Duquesnoy (2), mi canto
Dejar pudiera en injurioso olvido.
El lauro inmarcesible,
Sabio Gaspar, en tu expresivo encanto;
Correcto Alonso, en tu grandeza pura;
En tu belleza, oh Cano esclarecido (3),
La española escultura
Cefiir también se precia,
Y niega vasallaje á Italia y Grecia.
Ceded, empero, que valor más alto
Ya se levanta en el nativo suelo.
¡Alvarez inmortal! tu grupo miro,
Y en tierno sobresalto
Mi pecho late al peligroso duelo.
¡Cuál por el hijo en el encuentro rudo
Tiembra el herido anciano! y el suspiro,
El ademan sañudo,
El susto, la impotente
Venganza muestra en su alterada frente!
Osado en tanto al agresor espera
El bello joven, la cuchilla alzada
Y en torva indignación su faz ardiendo.
La vista altiva y fiera,
Las altas cejas, la nariz inflada,
Y de los nervios la tensión pujante
Su arrojo anuncian y el estrago horrendo,
Al padre palpitante
Cifiendo con ternura,
Su izquierda le defiende y asegura (4).
Ni sólo formas al grosero bulto
Y vida el arte da; fondo, saliente,
Distancias muestra en superficie lisa.
Como en el seno oculto
A desigual hondura tersa fuente
Zagalas, flores y árboles bosqueja,
Así copia de objetos improvisa,
Se adelanta, se aleja,
Se espacia en igual plano,
Do nada encuentra la engañada mano.
¡Oh pínxel! ¡Oh prodigio! De natura
Audaz abriendo el penetral sagrado,
La mágica hurtaste de la etérea lumbre
Que portentos figura;
O tienda el Iris su cendal gayado,

(1) Marco Aurelio, en el acto de anunciar la paz al pueblo romano. Su estatua ecuestre del Capitolio inclina el cuerpo hacia adelante, y extiende la diestra con la mano abierta hacia abajo, indicando tranquilidad y protección.

(2) Francisco Duquesnoy, llamado *Il Fiammingo* por los italianos, y conocido también entre nosotros por *El Flamenco*, puede caracterizarse por la noble elegancia de su estilo, así como Miguel Ángel Buonarroti, nombrado antes, por la osadía y la fuerza.

(3) Gaspar Becerra, el más sabio de nuestros antiguos escultores, notable por la expresión de sus estatuas.—Alonso Berruguete, antecesor suyo, el primero que trajo á España la corrección del dibujo, la grandiosidad de las formas, la pureza, ó depuración de los defectos individuales en que consiste lo ideal.—Alonso Cano, distinguido por la belleza de sus figuras, y más célebre que los otros entre nuestros grandes pintores. Todos cultivaron las tres artes, aunque sobresalieron en la escultura. Todos estudiaron el antiguo, los dos primeros en Roma, y el último en las bellas estatuas traídas al palacio de los duques de Alcalá, en Sevilla.

(4) Existe en el Museo de Madrid este grupo colosal, de carácter griego. Su modelo se conserva en el palacio de la embajada española en Roma, donde es la admiración de los artistas y viajeros inteligentes. Su autor, don José Alvarez, primer escultor de cámara, murió en Madrid, á fines de Noviembre de 1827. (REINOSO describió este grupo y el de Daviz y Velarde en la Gaceta de Madrid.)

O finja el día boreal aurora,
Y soles nuevos la falaz vislumbre;
O en la selva á deshora
Mil sombras en sosiego
Se levanten de Cintia al blando fuego,
Tú de oscuros y claros el hechizo
Supiste descubrir, Apolodoro;
Vió Lévaris la beldad, la gracia Apéles.
Y ¡á quién pródiga hizo,
Divino Rafael, de su tesoro
Cabal ostentación naturaleza?
Tus cuadros, de su tipo copias fieles
De expresión, de belleza....
Copias no, que con celos
Ella los ve, y quisiera por modelos.
Por modelos, oh Vargas, los tuviste
De pureza bellísima y ternura,
De grandioso carácter (5). Y ¡qué norma
Tú conocer pudiste
En ambiente, en espíritu y soltura,
Pintor de la verdad, Velazquez sabio?
Del lienzo un aire vagaroso forma,
Que aspirar quiere el labio (6);
Todo en acción se mira,
Se mueve el hombre y el caballo gira.
Mas si al uno beldad, si al otro audacia
Natura entre sus dotes dió propicia,
A tí reserva, seductor Murillo,
La dulzura y la gracia.
Otros el pasmo son, tú la delicia;
Mi corazón es tuyo. ¡Cuál encanto
Derrama tu pínxel! ¡Qué tierno brillo!
Tú del Empireo santo
La luz viste sin velo,
Y la mostraste pura al bajo suelo.
Nada sacia al mortal. Del colorido
La variedad renuncia, y cual la esfera
De su turquí brillante se corona,
Al papel traducido,
Luz adquiere el diseño más austera
Con una sola tinta. Mórghen vive
En ella y Edelinch, Selma y Carmona;
De ella Gésner recibe
Las flores que profusa
Teje á la hiedra su campestre musa (7).
¡Y qué mansion á maravilla tanta
La tierra yerma so el desnudo cielo
Ofrecer pudo al arte creadora?
El arte la levanta;
El arte osada y libre, sin modelo
Mueve las rocas y la mole inerte
En los aires ordena; la decora,
Y en palacios convierte;
Así al acento puro
Surgen las piedras del tebano muro.
¡Qué elegancia y concierto! ¡Cómo subo
Por las columnas libre, y se recrea
La vista en sus coronas! Lenta gira
Como la vaga nube;
El cornison magnífico pasea,
Por el ancho fastigio se dilata;
Ya la cúpula audaz pasmada admira,
Y con sorpresa grata

(5) Luis de Vargas, discípulo en Roma de Perino del Vaga, que lo había sido de Rafael, cuyo estilo muestra en sus obras. El señor Ocan, alabando la exactitud de su dibujo, la grandiosidad de sus formas, la nobleza de sus caracteres, la expresión y otras dotes de este gran artista, añade que si hubiese en sus tablas ambiente y degradación de luces y tintas, hubiera sido el mejor pintor de España.—*Il est été non seulement le meilleur peintre d'Espagne, mais encore du monde*, dice monsieur Quillet, que le llama *el mejor dibujante que tal vez ha existido*, y le coloca entre Rafael y Julio Romano. Pero sus defectos eran propios del tiempo, como lo advierte el mismo señor Ocan. ¿Estuvo libre de ellos el mismo Rafael? Es lástima que no haya en el Museo de Madrid algún cuadro de este eminente profesor. Sus obras se conservan en Sevilla, su patria.

(6) «Parece que no tuvo parte la mano en su ejecución, sino que se pintó con sola la voluntad», dice Mengs, hablando del célebre cuadro de *Las Hilanderas*.

(7) Salomon Gésner, tan célebre por sus idilios, no sólo fué poeta, sino pintor, músico, impresor y grabador. Imprimió él mismo sus poesías, adornándolas de muchas estampas dibujadas y grabadas de su mano, con la dulzura y gracia que había dado á sus versos.

Vuela á la aera cumbre,
Do quiebra el sol su postrimera lumbre.
¡Panteon! ¡Portentoso monumento
Del pueblo rey, dominador del mundo!
¡Del tiempo, de los bárbaros triunfante!
Bajo tu inmóvil asiento
Hundidos yacen en el caos profundo
Veinte siglos.... Tú vives, y la inmensa
Bóveda elevas como á Olimpo Atlante,
Y aún la mente suspensa
La mira al aire vano
Lanzada sobre el alto Vaticano (1).
Más bello y grande, cuanto más severo
Que Buonarrotti, el español artista
La soberbia basilica levanta,
Del gran monarca ibero
Palacio y tumba. La creó Bautista,
La amplió, la decoró el insigne Herrera;
Herrera, cuya fama se adelanta,
Cual águila altanera
Que surca el ancho cielo
Y el reino de la luz mide en su vuelo.
La unidad, la sencilla galanura,
La noble majestad, del hondo olvido
Do las sumió el delirio y la ignorancia,
Tú, sublime Ventura,
Revocaste á la luz. Su renacido
Imperio afirma Villanueva, alzando
El museo inmortal, grandiosa estancia
Que el angusto Fernando
A las artes ofrece,
Y en prodigios sin número enriquece (2).
Dadme lauros, oh Musas, dadme flores,
Y de guirnalda orlaré la frente
A los genios que honoran vuestro templo.
¡Gloria, eternos loores,
Sabios artistas! La mansion fulgente
Do vuestras obras el monarca ostenta,
Al orbe admiración, al arte ejemplo,
Goza sin fin, exenta
Del fuego y hierro impío,
Y allí dure grabado el verso mío.

XIII.

En la muerte del señor don Juan Agustín Cean Bermúdez,
historiador filósofo de los artistas españoles (3).
(1830.)

Vuelve á mis manos, olvidada lira,
Y si al fugaz contento
Ya no responde tu cansado acento,
Sosten mi flaca voz cuando suspira.
Ministra un tiempo del alegre canto,
Hora templá mi llanto.

(1) El Coliseo es el monumento más suntuoso que resta de la antigua Roma.—Se ha preferido, sin embargo, el Panteon, porque es más clásico, porque se conserva más íntegro, y porque cuadra mejor con las indicaciones que se hacen en la estancia anterior, de un cuerpo arquitectónico. Miguel Ángel tomó de él la idea para la enorme cúpula de San Pedro. *Che ingegno! Slanciare nel aria il Panteon!* exclama el no ménos acre que inteligente *Milizia*. Esta idea de haber puesto el Panteon en el aire, repetida por otros, es la que expresan los últimos versos.—No puede ningún edificio compararse en magnificencia con la fábrica de San Pedro, el mayor y más rico templo del mundo; pero le excede incomparablemente el Escorial en la unidad del plan y en la majestad sencilla y noble de su construcción: y no la mole, ni la riqueza, sino el gusto depurado, hace el mérito de las obras artísticas.

(2) Don Juan de Villanueva, honor de la arquitectura española, trazó y edificó el magnífico Museo del Prado, por orden y en los últimos años del señor don Carlos III, y se continuó durante el siguiente reinado. En este edificio, lo más bello de la corte, ostentó toda la nobleza del arte, con un juicio exquisito, sin miembros ociosos é insignificantes, sin ornatos extraños é inútiles. Deteriorado gravemente durante la invasión francesa, fué reparado por el señor don Fernando VII y destinado para galería de cuadros y de esculturas.

(3) Autor del *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes*; de la *Vida de Juan de Herrera*; de los *Diálogos entre Juan de Herrera y Battista Antonelli*; del *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*; de las *Memorias para la Vida de Jovellanos*; de la *Carta sobre el estilo y gusto de la escuela sevillana en la pintura*; de la *Respuesta á monsieur H. Le Bas*, ar-

Llanto debido á la virtud severa,
Debido á la fe pura
Y á los talentos que en la tumba oscura

quitecto de París, sobre la parte que Vignola y otros artistas extranjeros habían tenido en la construcción del monasterio del Escorial, y de otras varias obras.

Publicamos á continuación, como curioso testimonio de la amistad que unia á Lista con REINOSO, y de la escrupulosidad filológica de la generacion que ha precedido á la nuestra, una carta de Lista relativa á esta celebrada oda de REINOSO. Posee el original de esta carta nuestro ilustrado amigo el señor don Javier de Leon Bendicho. (Nota del Colector.)

LISTA Á REINOSO.

San Sebastian, 30 de Octubre (1830).

«Mi querido Fileno: He leído tu oda con la mayor atención, y me ha parecido dotada de la elocuencia triste y sombría que requiere el asunto, sin faltarle el calor que la amistad ha debido darle. En cuanto á pensamientos, los hay muy nuevos y felices, como el del *nebli* y el del *árbol fértil*. La composición, pues, es bellísima; porque el plan es filosófico y natural, y la expresión excelente. Vamos á ver si puedo contribuir con mis reflexiones á que sea mejor.—Primero, cuando las estanzas acaban en verso corto, habiendo otros largos, es de absoluta necesidad que el verso último suene muy bien, como éstos de tu elegía:

Se arrojará á la llama.
Hacen durar su imperio.
Arrebató al dominio, etc.

»Pero hay algunos que tienen armonía más desmayada, como éstos:

A la sombra querida.
Por su voz redimido.
Al que alivia sus males.

»Éstos son los tres únicos cuya armonía no me gusta. Bien he conocido que tú has bajado de intento el tono, para acomodar la armonía al género; pero la sonoridad del último verso es obligada. Fué al varon sabio que ilustrará el suelo.

»Me suena duro: si el *fué* pudiera caber en el verso anterior, quedaría bien.

El *nebli*, de la prision exento.

»Sería demasiado afectado, de la *piquéla* exento? Sonaría más el verso, y la palabra es propia.

La *invidia*, *torcedor del hombre*.

»Este epíteto me parece demasiado duro; yo quisiera alguna cosa que indicase la rabia que da á la envidia de verse obligada á humillarse; como esto que me ocurre de pronto, y que tú mejorarás:

.... La *invidia*, aunque indignada brama,
Se humilla á su alta fama.

»Supongo que pondrás notas donde hablas de los artistas y de sus obras y aún de las de Cean, en favor de los lectores legos, como yo; cuida de que sean muy cortas.

La *rendición figura*, el que á Menipo.

»Duro, por la dificultad de las *sinaletas*; y es lástima, porque la construcción poética es excelente.

»Ansioso, diéresis muy violenta y de armonía contraria á la significación, porque es pesada. *Solcito*, *anheloso*, ya que no *anhelante*. Tú buscarás.—La estancia del mar es excelente, y el epíteto *sañudo* mejor que *rugiente*, porque éste indica el ruido y aquél la furia, que contrasta con deleznable arena; también es mejor que *hinchado*, que sólo indica la figura. En esta estrofa has tenido una intención poética, que yo percibo, y que quisiera estuviese más claramente expresada; y es que la arena enfrena el mar, al cual no resiste el espolon. Hé aquí en prosa, como yo quisiera que estuviesen los dos versos últimos: «A quien no resiste el espolon y lo despedaza bramando.» Con esta construcción se ve mejor el contraste. Ahora mismo me ocurren estos dos versos:

Cuando el fuerte espolon, que le embaraza,
Rugiendo despedaza.

»En fin, ya conoces mi pensamiento, y si te parece bien, lo sarás poner mejor.

En alto vuelo.

»No me gusta, y poco después hay un *coló*.
El ángel del consuelo.

»Es excelente, y puedes decir en el anterior que llevaba los votos al cielo. Los dos últimos versos de la elegía es menester mudarlos.—Allí se necesita un pensamiento que, sin dejar de ser tierno, sea más nuevo.—He quedado fastidiado del papel de crítico que me has obligado á hacer. Pero vive seguro de que te he hablado en conciencia. No te noto las bellezas, porque todo me ha parecido excelente, fuera de los pasajes que llevo citados, y aún, á pesar de ellos (que es menester toda nuestra severidad para advertirlos), la composición parecerá digna de ti y de su objeto....»

(Aquí siguen varios párrafos de negocios confidentiales, y después continúa):

»Yo estoy enredado con una oda al nacimiento de la Princesa; luego entraré con la corrección de la de Moratin, que ya tengo acabada. Entonces te embromaré con ellas; *petimusque damusque vicissim*....

»Desde todas partes te ama tu LICIO.»

Con Bermudo lanzó la Parca fiera.
¡Ay! llanto inútil para dar la vida
A la sombra querida!
¡Y el hombre justo, del vivir modelo,
Muere á par del malvado!
¡Y breve aliento como al necio dado
Fué al varon sabio que ilustrará el suelo!
¡El feraz árbol, cual la seca rama,
Se arrojará á la llama!
No; vive el justo, á la mansion impura
De la maldad robado,
Eterno vive, do ni agravia el hado,
Ni de los hombres el furor conjura.
Triunfa el *nebli* de la piquéla exento
En más noble elemento.

Vive el sabio en sus obras, su memoria
A par del tiempo crece;
Su voz oyen los siglos, y engrandece
Lejana edad la merecida gloria.
Muda la envidia, torcedor del hombre,
Ya se humilla á su nombre.

Así bajando el sol á la onda fria,
Bañado el orbe deja
En blanda luz; y cuando más se aleja,
De otros fanales su reflejo envía:
Lumbreras que en el huérfano hemisferio
Hacen durar su imperio.

No, dulce amigo: en el sepulcro odiado,
De tu saber la lumbre
No se apagó, que aún brilla en la alta cumbre,
Do á las artes el templo has levantado.
Aun muestra allí tu voz el genio ibero
De la gloria el sendero.

Allí la magia de Velazquez vive,
Y del Vandick hispano
El amable pincel: allí de Cano
El triple genio eternidad recibe,
Y edad logra por tí más duradera
La fábrica de Herrera.

Que así la tabla como el bronce duro
Y el mármol en ruínas
Hunde, y se lleva en pos obras divinas,
El soberbio fronton y el alto muro,
De los siglos la indómita corriente
En funeral torrente.

Si; la gran mole que erigió Filipo,
Y el lienzo que remeda
La gloria que vió Antonio; el que de Breda
La redención figura, el que á Menipo,
El tiempo deshará, cual sol la nieve,
O viento el humo leve.

Pero no así del arquitecto sabio
Perecerá el renombre;
No el de Murillo así: tu claro nombre,
Que de Bermudo immortaliza el labio,
Oh gran Velazquez; triunfará de olvido,
Por su voz redimido.

Ansioso el viajante busca en vano
Los portentos de Apéles,
Y el mármol seductor de Praxitéles,
A quien Guido ofreciera culto insano:
Sólo del tiempo su memoria Plinio
Arrebató al dominio.

Que sólo el *déoil* pero sabio acento
El voraz curso enfrena,
Cual pone lindes deleznable arena
Del mar sañudo al reluchar violento
Que el robusto espolon que le embaraza
Bramando despedaza.

Vive siempre y da vida el venturoso
A quien el cielo diera
La palabra inmortal. Mas aún espera
De amor un monumento más glorioso,
La eterna bendición de los mortales,
Al que alivia sus males.

¡Ah! yo lo vi; cuando á mi lado un día
Al infeliz doliente,
Al misero amparabas, en ferviente
Lloro envueltos sus votos recibía,
Y al Eterno llevaba en alto vuelo
El ángel del consuelo.

Con él voló tu espíritu.—Y esquiva

Huyes ora mi abrazo,
Cara imagen.—¡Oh, vén! y en tierno lazo
La dulce union y la amistad reviva.
Mas ¡ay! que renacer, no al bien llorado,
Solo al dolor fué dado.

XIV.

En la temprana muerte de don Pedro Alcántara Sotelo (1).
(Á DON JOSÉ LOPEZ RUBIO.)

¡Y siempre he de llorar? ¡Mi edad cansada,
Como el añoso roble,
De la segur á golpes repetidos,
De uno y otro dolor continuo herida,
Al filo del dolor caerá rendida?

¡Ay! ¡qué me resta ya? Padres, hermanos,
Porciones de mi vida
Fueron ya todos: mis amigos fueron:
Nueva familia que el amor me diera
Por la que injusta hirió la muerte fiera.
¡Y tras ellos tú vas!... ¡Dulce renuevo
De mi Sotelo amado,
Imagen cara del mejor amigo!
Le sigues, como el sol del Occidente
Cayendo al mar el Hespero luciente.
¡Noche de mi dolor! ¡El hado acerbo
A todos arrebató
Para entregarme á solitaria muerte.

¡Ay! el postrer gemido en mi agonía
Solo recibirá la Parca impía.
Vén, mi querido Flavio: en la ribera
Del turbio Manzanares
Los restos yacen del que tierno amabas:
Vén, y uniendo tu llanto al llanto mío,
Demos calor á su cadáver frío.
Ni edad florida, ni candor amable,
Ni gracias, ni talentos,
Ni saber, ni virtudes le libraron.
Todo se hundió en la huesa.... Destruyó,
Igual á Tito y á Neron devora.

Mas no, no muere la virtud: no muere,
Triunfa, quien las cadenas
De la mortalidad rompe dichoso:
Triunfa, y ya libre y de morir exento,
Eterno goza en el eterno asiento.

¡Vida falaz! de la existencia humana
Cercena cada día
Una porción y arrójala al sepulcro.
Cayó la juventud, y edad más yerta
Voraz aguarda con la losa abierta.

¡Silvio feliz, que entero su tributo
Al destino pagando,
Se redimió del yugo inevitable!
¡Ah! dejó nuestros climas, como Febo
Para lucir sobre horizonte nuevo.

Al otro lado de la huesa umbría
La vida verdadera
Fijó inmutable su dichosa estancia:
En su borde desnuda el polvo triste,
Y otro sér inmortal el hombre viste.
Allí principia el bien.—¡Amargos días
Los del hombre empleados
En sufrir y anhelar! Del mundo dueño,
Tan sólo, en César, el puñal agudo
La insaciable ambición extinguir pudo.

(1) Esta oda, acaso la más estimada entre las de REINOSO, es en su mayor parte una refundición de otra que, con el título *En la temprana muerte de Doris*, publicó el autor en el *Correo de Sevilla*. REINOSO profesaba la más tierna amistad á don Pedro Sotelo, á quien conocimos, y que era en verdad un dechado de virtud y talento. Fué para él, indudablemente, la muerte de este dignísimo jóven un motivo de pesar intenso y duradero. Y sin embargo, para llorar poéticamente su muerte, le ocurre sacar del olvido una composición escrita antes del nacimiento del mismo Sotelo. Llena está la oda de ideas filosóficas y cristianas, noblemente expresadas; pero la elaboración artística del literato asoma más claramente que la efusión del do'or verdadero, más que la emoción directa é inmediata del corazón.

Lo mismo acontece en la preciosa oda *A la muerte de Cean Bermúdez*. REINOSO es de aquellos poetas que, hásta para expresar las adiciones del alma, piensan más que sienten. (Nota del Colector.)

De lo futuro en el dudoso abismo
Juzga el viviente ciego
Las horas entrever de su ventura.
Llegan, huyen, se llevan su esperanza,
É iluso en nuevas horas la afianza.

¡Ah! ¡no la alcanzarás que el bien soñado
Se desliza impalpable
Como fosfórea luz en noche oscura.
Siempre ansioso de goces, nuevos seres
Busca para gozar nuevos placeres.

Tú, Silvio, los hallaste; ¡cuáles mundos,
Cuál Eden delicioso
Habitás! ¡oh! de globos coronada,
Gira á tus plantas la encendida esfera
Y absorto miras la creación entera.

Que ignora Febo la mansion dichosa
Do más suave espira
Sin estival ardor serena lumbre;
Al ávido mortal allí compensa
Inmensa dicha, su ambicion inmensa.

Allí extático Silvio eterno *hosanna*
Canta en célico acento,
Su voz uniendo á las del alma coro.
¡Ay! ¡las oyes, mi Flavio? ¡Quién daría
Nuestros ecos mezclar á su armonía!

¡Y tú, feliz, del infelice amigo
Olvidas la memoria,
De tu amado Fileno? ¡No en la altura
Mueven á los celestes nuevos males?
¡No el clamor sube allá de los mortales?

Si, amado, tú me llamas. Tú la mano
Me da: pase la sima
Que de la eternidad separa el tiempo:
Pasémosla ¡oh mi Flavio! — En la alta cumbre
¡No le ves destellando pura lumbre?

Volemos á su lado. Tal ansioso
Por ignorado rumbo
Se lanza en curso rápido el cometa:
A la region del sol las alas tiende
Y en sus rayos purísimos se enciende (1).

XV.

A don Manuel Lopez Cepero, su amigo, cuando quedó libre de su confinamiento en la Cartuja de Cazalla.
(Fragmento de una oda, no concluida.)

Quise cantar desde el primer momento,
Caro Manuel, tu libertad ansiada,
Y mi voz desmayada
No pudo hallar ni números ni acento;
Que en dudosa alegría
Tímido el corazón la reprimía.

¡No eras más libre en el retiro oculto
De la apacible soledad, do el alma
Disfruta dulce calma,
Que no del mundo en el feral tumulto,
Que agitan las pasiones,

Forjando á la virtud duras prisiones?
Ni al dolo ni al poder allí vecino,
Correr en paz tus bonancibles días
Como el arroyo vias,
A quien tu mano señaló el camino;
Como exento á su grado,
El olvido creció por ti plantado.

De tu pequeña creación gozabas,
Señor de ti, cual del inmenso cielo
Goza el ave en su vuelo;
Aquí las turbas, á su vez esclavas,
Al poderoso oprimen;

No hay libertad en la region del crimen.
Mas sólo aquí, do ciegos los mortales
El yugo aceptan de la fuerza insana,
La dicha sobrehumana

(1) Variante. REINOSO escribió así, en un principio, estos dos últimos versos:

Y andaz del éter las regiones mide,
Buscando el sôlo do Jehová preside.

(Nota del Colector.)

Hallarse puede de aliviar los males.

XVI.

A Licio, que le aconsejaba gozar del placer (2).
(1829.)

Facit indignatio versum.

Goza, mi Licio, de las blandas flores;
Goza el aliento que del áureo Toro,
Vida inspirando y amorosos fuegos,
Febo derrama.

Goza las pomas y el sabroso néctar
Que en rubios granos, de la fiel balanza
Luégo sazona, coronando á Otoño,
Prez de Liéo.

Y el lauro eterno que á tu sien Apolo
Y á las ardientes que ciñera Urania,
Ornen de rosas y de hiedra enlacen
Cíprida y Baco.

Tú, do lazados el Adur y el Nive
Mezclan sus ondas, y en geniales coros
Náyades bellas de los dos raudales
Danzan unidas;

Libre y gozoso por la amena margen
Pulsas la lira que te diera Bétis,
Y á la union grata que fecunda el prado
Cantas amores.

Yo, solitario, á la sedienta orilla,
Que Manzanáres humedece apénas,
Y el campo yermo que aridece á Mantua,
Piso y detesto.

¡Ay! no su risa para mí la aurora,
No sus guirnaldas primavera envía:
Rayos la esfera, y el airado suelo
Brota zarzales.

Dura cadena la dolida planta
Traba y oprime: ponderoso yugo,
Que un poder necio sobre mí desploma,
Corva mi cuello.

¡Qué á mí placeres! Al cordero y tigre
Antes aduna, que al dolor y dicha.
No de Procusto sobre el fiero lecho
Vénus reposa.

¡Cuánto en el gozo desconoce el hombre
Del hado adverso la indomable fuerza!
Bebe; cuitado! del placer la copa,
Dice al doliente.

Di al lapon rudo, que del Tanna helado
Coja las rosas: de la ardiente Libia,
Di al duro ascanta que respire el fresco
Dulce Favonio.

Sufre tu suerte. — La imperiosa ley
Tal es del triste, venturoso Licio:
Al infortunio la paciencia es dada,
No los placeres.

EPÍSTOLAS.

I.

Á SILVIO.
(1799.)

Sube en reposo por el vago cielo
La luna, de luceros coronada,
Y su cándida luz serena envía
Sobre el dormido mundo. La faz yértá
Del orbe sin color, huyen dispersos
Los hombres fatigados, y ora yacen
Simulacros de muerte en sus guaridas,

(2) Contesta á una oda de don Alberto Lista. Véase esta oda en el presente tomo entre las poesías de Lista.

Silencio, oscuridad, sublimes genios,
De la virtud amigos, yo os saludo:
A vuestra vista desaparece el crimen,
Y refugiado en los impuros lechos,
Al perverso atormenta, que punzado
De su agujon, despierta y lucha insomne,
Y anhela en vano la quietud del justo.

Huyamos, oh mi Silvio; la impia turba,
Ora que duerme la maldad, huyamos:
Así tal vez escapa el caminante
Cuando al sueño se entregan los bandidos.

¡Ah! ¡Por qué el hombre, para el bien formado,
Torna en su daño los preclaros dones
Que á ser feliz le concediera el cielo?
En fuerza al elefante, en ligereza
Le hizo al ciervo inferior, para obligarle
A que en la union comun buscarse amparo
Contra males sin número que, solo,
Ni rechazar ni precaver pudiera.

Mas dióle alto destello de su lumbre,
Soberana razon, que moderase
La humana sociedad con leyes justas:
Y en medio alzó de la infelice grey
Un ara tutelar, excelso trono
Do el Dios augusto presidiera al órden,
Do recibiera los humanos ruegos,
El debido homenaje, y de amor mutuo
La sancion diera al sentimiento innato,
Símbolo de familia, que ante el padre
Los obedientes hijos congregára,
Y unidos todos por comun origen,
Uniese á todos en fraterno lazo.

Mas ¡ay! esa razon que el alto imperio
Fundar debiera, dirigiendo acordes
Sus móviles de obrar, y al fin prescrito
Los estímulos varios de natura
Concertar entre sí, cual ésta ordena
Las encontradas fuerzas, y el reposo
Forma del universo en fiel balanza:
Esa razon que dominar debia,
Soltó sin freno las pasiones todas,
Y sucumbió, postrada al recio empuje,
Cual débil caña al huracan violento.

Dócil el hombre al turbulento impulso,
Volcó el sagrado altar: de sus hermanos
Rompió el nudo feliz: la fuerza unida
Que se ordenára á la comun defensa,
Descaminó, y en exclusivo apoyo
De su loca ambicion ó vil deleite,
Al privado interes distrajo impio.
La inteligencia con que vence ó burla
El furor ó la astucia de los brutos,
El hombre usó para domar los hombres.
Osado con los débiles; artero,
Pérfido con los fuertes, la violencia
Y dolo fueron las certeras armas
Con que afirmó su odiosa tiranía.

A los iguales dominó orgulloso:
Conspiró infiel contra el magnate: duro,
Ultrajó al desgraciado: al inocente
Persiguió furibundo: al opulento
Despojó usurpador: sus liviandades
Sació lascivo con la infamia ajena.
De entonces ¡ay! la sociedad humana,
Que una sola familia ser debiera,
En campo de batalla, en cruda liza
Se convirtió de oprimos y opresores,
De asesinos y víctimas. Seguro,
Independiente, exento, su existencia
Procura el bruto y de la raza propia
La inmunidad acata. En tropa unida
Congréganse los tigres, los leopardos
Júntanse en un albergue; no sangrientos
A devorarse correrán. — Impíos,
Aprended de las fieras á ser hombres.

Mentís, blasfemos, que al Autor sagrado
Acusais de los males, obra sólo
Del humano, rebelde á sus preceptos.
A cada ser el Hacedor benigno
Las dotes dió y recursos con que hubiese,
Cuanto era capaz de ella, su ventura.
Del bien y el daño propio dió el instinto

III. Ps.-XVIII.

A los seres sensibles, y éste solo
Dirigió sus acciones: no la esfera
Trasasó alguno por su Autor prescrita,
Mas un impulso compasado y ciego
Ligar no debió al hombre, á quien el mando
Supremo dió de los demas vivientes:
Para ser soberano le hizo libre.

¡Deslumbrado mortal! El albedrío,
Dado para su mérito y su gloria,
En fuente impura convirtió de males.
La luz del bien que destelló en su mente,
El grito de justicia que en su pecho
Resuena á su pesar, rebelde abjura.

Venda los ojos, de robusto acero
El corazon guarnece, y ciego, osado,
Cual si fuera su dios, al mar se arroja.
La libertad, que en su felice cuna
Tornó en arma de muerte, que el origen
Envenenára del linaje humano,
Mancipó el hombre á su eternal suplicio.
Siempre la ostenta para hollar la ley;
La ley, do vinculada su ventura
Y el órden fué del universo todo.

Hizo el ensayo en su heredad dichosa,
Y perdió el sacro Eden: la tierra luégo
Fué su morada, y asoló la tierra.
Aun pudo ser feliz: áun derribado
Del alto puesto y la suprema dicha,
Lucrar para su bien pudo los medios
Que le dejó natura. El arco y flechas
Señor le hicieron respetar del bruto,
Y la reja fecunda de los campos
El dominio le dió. Defensa, abrigo
En fácil vestidura, ya domado
Le tributaba aquél; sustento y sombra
En árboles y espigas la alma tierra
Le dió feraz de su rasgado seno.

Ni la deidad, mezquina con sus hijos,
A las necesidades miró sólo
De un penoso vivir: ¡cuántos placeres,
Delicias cuántas prodigó, que hicieran
Amable al hombre la afanosa vida!

No el romano opulento en copa de oro
El Palermo bebiere; el sibarita
No lánguido llamára el fugaz sueño
En tálamo de rosas, ni el egipcio
De obeliscos á Ménfis coronára.
No sus púrpuras Tiro, sus aromas
No cambiára Sabá; ni las regiones
Que halló Colon, al esforzado ibero
Las piedras dieran y el metal preciado,
Que afemináran su vigor robusto.

Más tranquilos, más puros dió natura
Sus placeres al hombre. Al soto umbrío
Formó de musgo y flores blando lecho
Juvenil primavera: en pos otoño
De embalsamadas pomas y racimos
Los árboles y pámpanos corona.
Suda el mortal para obligar la tierra
En anheloso afán; mas con usuras
La tierra premia su tenaz fatiga;
Y de jazmines y rosado trébol
En zonas odoríferas guarnece
La miés que corta su nervudo brazo.

Vagan por la campiña simplecillos
Los frutos de su amor, y en blanda risa
Van truncando las flores; cuál la rosa
Busca más encendida; cuál se afana
Triscando entre la juncia tras el lirio
Que eleva sobre rojos alhelios
El seno virginal: otro sentado
En la mullida grama, teje, miétras,
De tierna mimbre y oloroso mirto
Simple guirnalda. — Impíos, y las cogidas flores
En matizado círculo acomoda.
Corren alegres, y al cansado padre,
En el dental subidos con anhelo,
Los bracillos alzando, le coronan
La sudorosa sien y el labio ofrecen,
Pidiendo el beso paternal en pago.

En tanto le prepara en limpi mesa
Sóbrio manjar la diligente esposa,